



Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XI

San Salvador, Centro América, Octubre de 1956

Número
109

ORIENTACION

Los Católicos y la política

Política incluye cuanto se refiere al bien común o general de la ciudad, la patria, la nación... Todo ciudadano por consiguiente, puede y debe estar interesado en la política en este sentido. Y por lo que hace al católico que es un ciudadano consciente de sus deberes según voluntad de Dios, la política debe ser para él en expresión de Pío XI (Al Card. Cerejeira 10 nov. 1933): "un deber de caridad social, porque todo ciudadano tiene la obligación de preocuparse cuanto pueda, del bien de su propia nación".

Sin embargo, no es igual esta preocupación en todos, ni en intensidad, ni en amplitud. Por lo que la palabra política ha venido a circunscribirse a la preocupación de los hombres particularmente entregados a lo que ellos consideran o pregonan como bien público, en una esfera o en otra, de una manera o de otra. Ya con esto nos encontramos con una tercera acepción de la palabra política como sinónima de la política de partido o partidos políticos.

Puede decirse que el católico, en virtud precisamente de su catolicismo que le obliga a amar al prójimo como a sí mismo, está encuadrado en la política en su acepción más noble y general de preocupación por el bien común. En realidad de verdad los católicos en virtud de su catolicismo han sido y siguen siendo los grandes bienhechores de la humanidad y de sus respectivas patrias. Ahí está para confirmarlo la historia, la antigua y la moderna, y no ha sido casualidad, sino fruto de corrientes bien definidas, el que las naciones cristianas hayan sido las portaestandartes de la civilización.

"Si la Europa cristiana, repetiremos con León XIII, domó las naciones bárbaras y las hizo pasar de la fiera a la mansedumbre, de la superstición a la verdad; si rechazó victoriosa las irrupciones de los mahometanos; si conserva el

etro de la civilización; si se ha mostrado guía y maestra de todos los pueblos en toda clase de laudable progreso; si ha procurado a los pueblos el bien de la verdadera libertad en sus diferentes formas; si con muy sabia providencia ha creado tan numerosas y heroicas instituciones para aliviar a los hombres en sus desgracias, no hay que dudarlo, todo ello lo debe agradecer en su mayor parte a la religión, en la que encontró inspiración para acometer y ayudar para llevar a cabo cosas tan grandiosas" ("Inmortalte Dei").

LOS CATOLICOS Y LOS PARTIDOS POLITICOS

Hubo un tiempo en que el espíritu cristiano era el del ambiente en el que se movían individuos, sociedades y aun los Estados. No que los dominase la Iglesia y Papado como gustan de repetir ignorantes de la historia o maliciosos falsificadores de ella llevados de su antipatía o de su odio a la Iglesia y su institución jerárquica. Ni que en pasados tiempos todo fuese una Arcadia feliz sin disensiones, ni guerras en las naciones cristianas. Pero tampoco se puede negar y es forzoso admitir que el espíritu cristiano había penetrado profundamente en las leyes, instituciones y costumbres de los pueblos, en todos los órdenes de la sociedad y que influía en los problemas del Estado. De resultados de ella la religión se veía elevada al puesto honorífico que le correspondía, era secundada y tutelada por la autoridad civil, e Iglesia y Estado cada uno en su esfera y aun celosos de sus correspondientes competencias, sin embargo vivían por lo general concordes entre sí en amigable consorcio de voluntades e intereses.

Por desgracia esta equilibrada organización de la sociedad se rompió con el protestantismo. El desenfreno introducido en las doctrinas y cuestiones religiosas pasó a la filosofía y de esta se corrió a todos los órdenes de la sociedad civil. "De aquí, expone León XIII, como de su fuente se derivaron aquellos principios modernos de libertad desenfrenada, inventados en la gran revolución del pasado siglo y propuestos como base y fundamento de un derecho nuevo, nunca jamás conocido y que disiente en muchas de sus partes no solamente del derecho cristiano, sino también del natural" ("Inmortalte Dei"). Desapareció la unidad de pensamiento y de acción, proliferaron las modernas libertades que tantas sujeciones implican, cesaron de funcionar los estamentos u ordenes de la sociedad y los gremios, y en una sociedad atomizada aparecieron en su lugar los partidos políticos con sus ideologías y tendencias prácticas las más diversas.

¿Y qué posición hemos adoptado los católicos ante estos partidos?

Nos parece un hecho innegable constatado cada día el de que los católicos hemos mostrado y aun seguiremos mostrando indiferencia y aun diremos que mezclada de cierta connatural antipatía a los partidos políticos. Y que si intervenimos en ellos es como a la fuerza, por la ineludible necesidad de defender nuestros derechos de Dios en la sociedad.

La división y encono en llevar adelante el propio parecer, comunes en los partidos, como que no encajan en el espíritu del catolicismo; menos aún las trapisondas que de ordinario les acompañan.

Pero como las cosas son como son y mientras no cambien en mejor, en la lucha de partidos característica de las actuales democracias la ausencia de los católicos facilita grandemente el que se apoderen no pocas veces de los asuntos públicos personas cuya manera de pensar no ofrecen mayores esperanzas de saludable gobierno. ¡Cuántos ejemplos no nos ofrece de esto la historia de todo el siglo pasado y lo que llevamos del presente en todos los pueblos católicos!

AMONESTACIONES DE LOS SUMOS PONTIFICES

La insistencia con que todos los Papas de los últimos tiempos nos recuerdan a los católicos nuestros deberes ciudadanos puede ser buena prueba de su solicitud por el bien general de los individuos y naciones cifrado en grandísima parte en el libre ejercicio de la verdadera religión. Y a la vez esta insistencia no deja de descubrirnos aquella manera de repugnancia o retardo de participar en los partidos políticos a que antes nos hemos referido.

Se alude en los documentos pontificios a nuestra "quietud y ociosidad", "a la desidia de los cristianos", a que "muchos de los católicos no tienen en la llamada convivencia social ni el puesto ni la autoridad que es indigno les falten a los que llevan delante de sí la antorcha de la verdad" (Pío XI: "Quas Primas"). Se nos dice que "el no querer tomar parte ninguna en la pública gobernación sería tan malo como no querer prestarse a nada que sea de utilidad común" y que "ello serviría de no pequeño daño para la religión cristiana, porque podrían mucho los enemigos de la Iglesia y muy poco sus amigos". (León XIII: "Inmortale Dei") Y es el mismo Papa el que pone entre las señales de "ser y parecer hijos muy amantes de la Iglesia, como corresponde a católicos dignos de este nombre", las de "rechazar sin vacilar todo lo que sea inconciliable con tal profesión; aprovecharse, siempre que decorosamente sea posible, de las instituciones políticas para defender la verdad y la justicia, trabajar por obtener que la libertad no traspase jamás los límites que la naturaleza y la ley de Dios señalan y para que cada pueblo se acerque cuanto pueda al ideal cristiano de la sociedad".

¿Y no es vergonzoso para nosotros los católicos tener que vivir como si no lo fuéramos en la vida pública, en naciones en que evidentemente somos la mayoría? Así por ejemplo, no en todas partes de C. A. hemos sido quiénes para hacer valer nuestros derechos en la escuela, en el matrimonio, en la celebración de nuestras fiestas. Consecuencia en grandísima parte de nuestra defectuosa formación y de nuestra abstención política.

Una y otra vez nos repiten los Papas que los católicos podemos y debemos, aun como católicos, intervenir en los partidos políticos de nuestra preferencia, salva siempre la verdad, la justicia y la caridad; incluso podemos disentar entre nosotros en materias opinables, pero sin dar un resquicio al enemigo que nos acecha para abrir brecha entre nosotros, porque entonces ha de privar la unión más estrecha de pareceres y ejecución sobre cualesquiera otras consideraciones.

En nuestros días sobre todo, en que nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII nos invita a todos a cooperar a la restauración de "un mundo que corre desbordado a su ruina y que hay que rehacer desde sus cimientos", si en algunos confía para esta gigantesca obra, es, como lo ha dicho varias veces, en los hijos de la Iglesia, en nosotros los católicos.

LOS DEMOCRATAS - CRISTIANOS Y SUS PARTIDOS

Bien pudo el antiguo orden de la sociedad haber evolucionado paulatinamente a nuevas formas según las exigencias de los tiempos, sin comprometer ninguna de las grandes verdades que sirven de sostén a la vida individual y social, pero no fue ese el caso. La Revolución Francesa desembocó en la violencia y en la negación más absoluta de los valores cristianos hasta pretender edificar un mundo enteramente naturalista. Pronto se notaron los perniciosos efectos de esta dirección y se preveían otros más terribles y extendidos para tiempos futuros que la experiencia ha confirmado después.

Ante el peligro sentido y previsto, hombres de buena voluntad y cristianos sinceros, la mayoría franceses, se entregaron a la tarea de valorar lo que había de verdadero y justo en la nueva forma de la sociedad y la parte que tocaba al cristianismo en su acertada orientación para el bien común, fin de toda sociedad digna de este nombre. Y de sus estudios y esfuerzos mancomunados fue brotando el hoy frondoso árbol de la sociología católica a cuya vera se fueron agrupando desde mediados del siglo XIX los llamados demócratas cristianos inspiradores del movimiento de La Democracia Cristiana, movimiento por el que, según la definición de uno de sus más prestigiosos representantes, el profesor Toniolo, "todas las fuerzas sociales, jurídicas y económicas, en la plenitud de su desarrollo jerárquico, cooperan proporcionalmente al bien común, redundando en último resultado la acción de todas ellas en beneficio de las clases más necesitadas".

La democracia cristiana es jerárquica, no la igualitaria de que irónicamente se burlaba alguien al calificarla de "envidia que pretende rebajar a los grandes a la altura de los pequeños en vez de levantar a los pequeños a la altura de los grandes" y en su aspecto esencial que es el expresado en la definición de Toniolo y en la Encíclica "Graves de communi" de León XIII (Cfr. ECA, Junio, 1956, 257 ss), debe ser aceptada por todo católico porque, según lo ha demostrado el mismo Toniolo, es el programa social del pueblo de Dios adoptado y completado por Jesucristo al señalar los deberes de las clases superiores, extendido y aplicado por la Iglesia al régimen de las naciones, en conformidad con las exigencias de los tiempos presentes, y bendecido, aprobado y encomiado por la suprema autoridad de la Iglesia.

Dos son sus fines: el bien común y el bien especial de las clases más necesitadas.

Entendida de este modo la democracia cristiana puede y debe realizarse bajo cualquier forma de régimen político y en este sentido dice un ilustre sociólogo, P. Antoine, las instituciones monárquicas de Inglaterra son más demócratas que el gobierno republicano de Francia, y la monárquica de San Luis más que la república de Cromwel.

El aspecto accidental de la democracia cristiana es el político, cuando sus ideas vienen a formar la base programática de determinados partidos políticos que como tales operan con responsabilidad y características propias, según lo exigen las circunstancias de los diversos tiempos y naciones.

Por lo general estos partidos políticos prefieren la forma republicana, tienden a la cogestión en las empresas, buscan la acción del pueblo en todos los órdenes y parece como que prescinden de la acción de las clases ricas en las que, como hoy están las cosas, ven más bien que una ayuda, un impedimento y un estorbo. Dada la limitación humana, a veces han incurrido en exageraciones algunos de los hombres de estos partidos políticos, pero sin que ellas se puedan achacar a la Iglesia, por encima y al margen de la política de partido. Sin embargo, no ha dejado la Iglesia de elevar su voz siempre que ha sido necesario para poner las cosas en su punto.

LA ACTUACION DE LOS HOMBRES Y PARTIDOS DEMOCRATICO-CRISTIANOS

No es esta la ocasión de trazar su historia, pero podemos afirmar sin temor de equivocarnos, que a ellos se debe en todas las naciones, en gran parte, el ambiente favorable a las reformas sociales en boga hoy en todas ellas estimulado

por la reacción producida ante las propagandas y avances del comunismo. Los hay teóricos y prácticos, seculares y eclesiásticos, apolíticos y políticos; son los fundadores y favorecedores de las Uniones e Institutos de Estudios Sociales, los mantenedores de las Semanas Sociales, los iniciadores de innumerables obras de asistencia social y económica.

A estos demócratas cristianos debe Europa el no haber caído en las dos guerras mundiales bajo las garras del comunismo y el haber podido resurgir después de tan espantosas catástrofes. De Gasperi, Adenauer, Schumann son nombres demasiado conocidos para que nos detengamos a ponderarlos.

Schuman es el iniciador de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero de resultados que se juzgan satisfactorios a los cinco años de su fundación el 18 de Abril de 1951.

El movimiento de la Democracia Italiana cuenta entre sus realizaciones más meritorias la gran reforma agraria que en 1954 llevaba repartidas 352.082 hectáreas a 66.940 nuevos propietarios, construidas cerca de 10.000 casas y 1.260 kilómetros de carreteras, gastados en tractores 22.500 millones de liras y tiene organizada una red de cooperativas a las que aludía Su Santidad en su reciente discurso de 25 de mayo último a los agricultores italianos de la región de Fucino.

Los demócratas cristianos alemanes con Adenauer a la cabeza y los de la Unión Cristiana Social tienen en su haber a una Alemania Soberana, a millones de refugiados dotados de vivienda y trabajo, una economía que se ha calificado de milagrosamente recuperada y sostenida, 9.000 prisioneros devueltos a sus hogares, un amplio programa de 10 años para carreteras y otro para mejoramiento de la agricultura y últimamente el aumento de la renta de los inválidos para 1957 en 3.500 millones de marcos, como la primera e importante parte de una reforma social que reorganiza completamente bajo modernos puntos de vista el seguro social, de forma que las rentas marchen paralelas a la evolución de los sueldos y salarios y el costo de la vida.

El espíritu de la democracia cristiana alienta la actuación de Salazar en Portugal con su corporativismo en marcha al que es esencial la Justicia Social. Otro tanto debemos decir de toda la actuación social de Franco en España y en general del ambiente hoy reinante en cuantos tienen conciencia del estado actual del mundo y no quieren desembocar en el comunismo ateo y totalitario.

El espíritu cristiano alcanza a los no cristianos, pero no puede mantenerse a la larga sino en y por los cristianos convencidos y prácticos. De aquí la imprescindible necesidad de la existencia de fuertes grupos de católicos con un sentido despierto de la responsabilidad que nos cabe para la buena marcha de la cosa pública en nuestras respectivas naciones.

En Centro América no cabe duda que hay sentido democrático cristiano, pero nos parece que esfumado. Es necesario que se densifique en grupos de católicos dispuestos a intervenir directamente en la política en sentido cristiano, por encima de otras diferencias, porque el momento es de los que exigen unión y decisión. Se ha insinuado en C. A. la formación de partidos democrático-cristianos; solamente en Guatemala hemos registrado los primeros pasos de su actuación. (Cfr. ECA, 1956, 367).